

Conjunto vilabertranense con los ábsides y absidiolas que van a ser limpiados y devueltos a su primitivo estado por donativo de la Diputación Provincial.

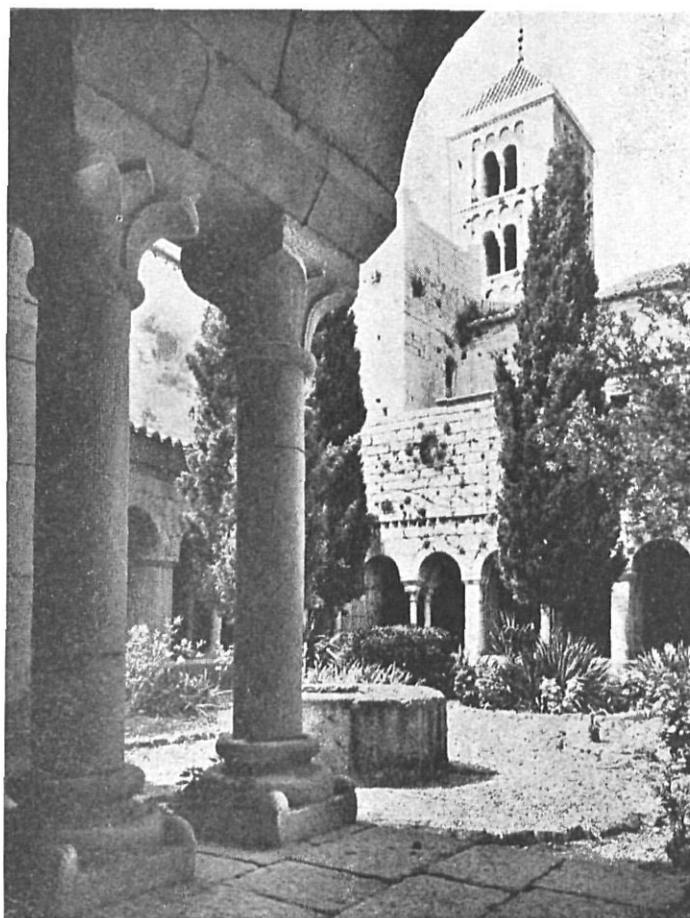
LA SANTA CRUZ DE VILABERTRAN EN SU CAPILLA

Por JUAN GUILLAMET TUEBOLS

Uno de los miradores más prodigiosos para recrear la vista en la contemplación y admiración de la llanura del Alto Ampurdán es, sin lugar a dudas, la cumbre de la «Muntanyeta» donde se halla enclavado el Castillo de San Fernando de Figueras. Una vez que ha subido uno la cuesta de la pista militar que conduce a la fortaleza, al llegar a la explanada presidida por el monolito alzado en memoria del heroico general Alvarez de Castro, se descorre como un mágico abanico cercado por montañas toda la variedad del auténtico llano ampurdanés, desde el Canigó hasta las Gabarras con el interludio marítimo de la incomparable bahía de Rosas. Aquí y allá se hallan diseminados los pueblos, pueblecitos y caseríos que dan color y carácter a la comarca: Cabanas, semioculta por los árboles ribereños del río Muga; Perelada, la altanera villa condal encaramada en un altonazo; Castelló de Ampurias, con su silueta de cuño levítico y señorial; Alfar, batido por la tramontana, con sus tejados amarillentos y llenos de sol. Pero, al mirar más cerca, casi junto a Figueras, advertimos la presencia de un pueblecito, casi anexo a la ciudad, en medio del cual se yergue, enhiesta y señera, la torre de un campanario románico. Se trata de Vilabertrán.

Un pueblo con arqueología

Resulta indiscutible que esta sola torre surgiendo de entre el caserío imprime al pueblo un sello de excepcional categoría a los ojos del admirador del paisaje. Desde luego, siempre que caminando por esos mundos nos hemos tropezado con algún pueblo poseedor de un campanario románico, nos hemos dicho en nuestro fuero interno que aquél era un símbolo de que, en alguna época de su historia, lo habitaron gentes que no eran mediocridades precisamente. Esta torre es, además de un símbolo, un indicador de que hay algo más que, a medida que vaya uno aproximándose, es digno de suscitar admiración, respeto e incluso edificación interior. Efectivamente, el campanario preside uno de los conjuntos arquitectónicos más importantes de Cataluña. La iglesia, el claustro y la abadía integran con su todo armónico el *Monasterio de Santa María de Vilabertrán*.

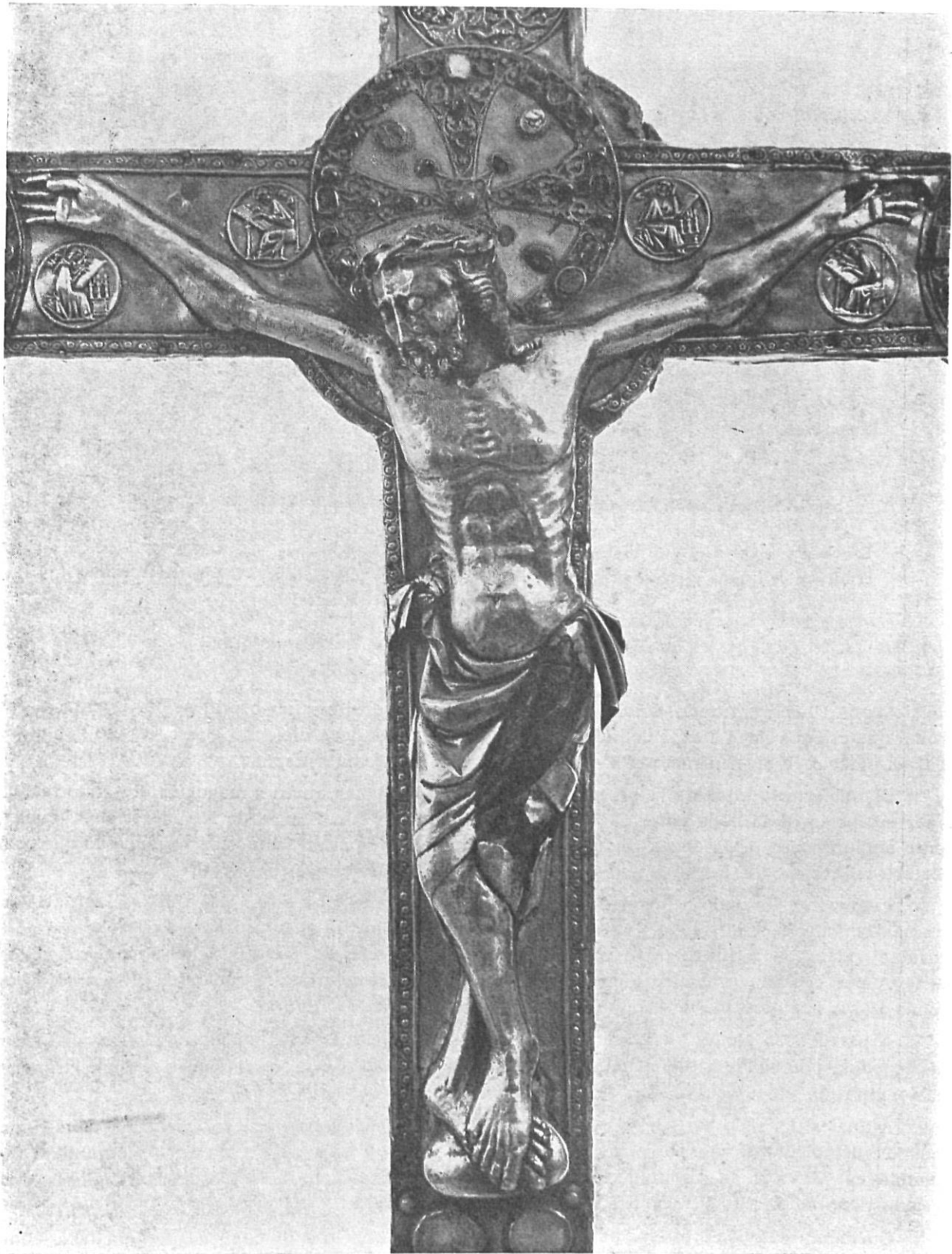


La pureza de líneas del campanario vilabertrane se enmarca en esta bella perspectiva desde el ángulo claustral, que mantiene la notable conservación de sus intactos elementos pétreos.

Un poco de historia

El origen de este Monasterio se remonta al siglo XI, cuando la reforma cluniacense se hallaba en su apogeo. El fundador fue un sacerdote llamado Pedro Rigall, el cual, con las donaciones de terrenos hechas por tres matrimonios, constituyó una comunidad canónica que se regía por la Regla de San Agustín y de la cual él fue el primer abad. Las obras de la iglesia, comenzadas en el año 1080 bajo la dirección del Abad Rigall, culminaron el 11 de noviembre del 1100 con su consagración solemne, fiesta a la que asistieron varios obispos y abades, el cardenal legado de la Santa Sede y el arzobispo de Narbona.

La prelatura del Abad Rigall se prolongó por espacio de catorce años, hasta su fallecimiento sobrevenido en 1114. Su tránsito, en olor de santidad, hizo que empezara a ser considerado por el



Detalle del Cristo de la mejor cruz gótica catalana del siglo XV, conocida por Cruz de Vilabertrán. La maravillosa obra es una de las más preciadas de la comarca ampurdanesa. Es de plata repujada, con elevado número de dibujos, alegorías, camafeos y piedras preciosas.



Los obispos de Gerona y Vich, doctores Carrañá y Masnou; abad de Montserrat, dom Aurelio M.ª Escarré; embajador de España y prócer ampurdanés, don Miguel Mateu y presidente de la Diputación Provincial, don Juan de Llobet, que presidieron los actos

pueblo como bienaventurado, iniciándose gestiones para conseguir su beatificación. Cuenta la tradición que el Papa llegó a expedir bula en vistas a ello, pero sigue diciendo que el legado papal que la traía pereció en un naufragio en el curso de su viaje de Roma a España.

El monasterio gozó de la protección de numerosos Papas, reyes y magnates, llegando incluso a ser escenario de la boda entre el rey Jaime II de Aragón con Blanca de Nápoles, con lo cual la gente ampurdanesa de la época pudo ser testigo de todo el aparato fastuoso y principesco que comportaba tal ceremonia, de cuyos actos ha dejado constancia Muntaner en su «Crónica».

Vilabertrán ha dado a la Iglesia una de sus figuras más próceres. Tal es la del gran Abad Cosme Damián Hortolá, teólogo eminente enviado por Felipe II al Concilio de Trento y, con anterioridad, rector de la Universidad de Barcelona. A su regreso de Trento, rigió sabiamente el Monasterio por espacio de cuatro años, imprimiéndole una trayectoria reformista en el sentido de un nuevo ajuste por parte de la comunidad a la primitiva regla.

A partir del siglo XVI, con la bula de secularización para las comunidades agustinas de Cataluña, expedida por el Papa Clemente VIII, a petición de Felipe II, la vida monástica vilabertranense sufrió un rudo golpe al transformarse el monasterio en colegiata.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, la Revolución francesa y la invasión napoleónica con sus demoledoras consecuencias posteriores condujeron a la disolución de la comunidad que culminó en 1835 con la promulgación de las leyes de disolución de las órdenes religiosas y de desamortización de los bienes del clero.

Quedaba, no obstante, el edificio, la nobilísima fábrica arquitectónica que quedaba como testigo de un momento espiritual histórico en el devenir de la Fe y del Arte. En el transcurso del resto del siglo pasado y en todo el actual, nunca ha dejado de haber ojos atentos y expertos que habían hecho que se pregonara la necesidad de proteger de la incuria y del abandono tan preciado monumento. Fue en 1941 cuando el Excmo. y Rdm. Sr. Obispo de Gerona inició los primeros pasos que condujeron, en 1945, a la constitución del Patronato de reconstrucción del Monasterio de Santa María de Vilabertrán.

La Santa Cruz

El primero sobre quien recayó el cargo de Secretario de dicho Patronato fue el escritor y periodista católico Manuel Brunet, fallecido en enero de 1956. Había aceptado aquel cargo —el único que tenía— con una ilusión desbordante. Le entusiasmaba el conjunto cenobial con las aristas de los capiteles, la curvatura de los arcos, la majestad de las bóvedas, la gallardía del campanario. A su espíritu sensible —era oriundo de una familia de artistas de Vich y había recibido directamente las influencias de aquel santo poeta que fue el obispo Torras y Bages— no se le escapaba ni uno de los mensajes captados en las sugerentes penumbras del Monasterio.

Pero había algo más. Había la Cruz. Aquella Cruz maravillosa, excepcional pieza de orfebrería religiosa del siglo XIV, primorosamente adornada con ricos medallones esmaltados, variados y finos relieves, con filigranas, piedras preciosas y camafeos de distintos colores. Era quizás el único resto del mobiliario litúrgico del Monasterio y era celosamente guardada en un armario del despacho parroquial de Vilabertrán. Muchas habían sido sus vicisitudes e incluso, al sobrevenir el Movimiento Nacional en 1936, el entonces párroco de Vilabertrán, Rdo. D. Arturo Rovira, inmoló su vida por ella. A Brunet, que sentía por la Cruz una devoción y admiración extraordinarias, en cuanto a símbolo religioso y a joya artística, aquella situación le sublevaba interiormente. Él deseaba para la Cruz un aposentamiento digno, aunque fuera en una hornacina, donde pudiera recibir el devoto tributo de los fieles. En su afán de restablecer en su auténtica dignidad todas las cosas inherentes al Monasterio —afán que ha sido siempre compartido por los demás miembros del Patronato— él anhelaba primordialmente esto: restablecer dignamente en su culto la Cruz de Vilabertrán. Pero llegó su hora decisiva sin haber podido ver cumplido su anhelo. Pero quedaba el Patronato y quedábamos sus amigos. Todos nos habíamos constituido como una especie de depositarios de aquel anhelo. Y empezó a moverse una gran corriente de cordialidad presidida por la Cruz de Vilabertrán y estimulada por el recuerdo del amigo ausente. Se abrió una suscripción en una revista figuerense, la cual fue secundada con entusiasmo desde Barcelona, Vich y otros puntos de la región. Entretanto, el profesor arquitecto Pelayo Martínez empezaba a diseñar el proyecto de lo que es ya, en la actualidad, la Capilla de la Santa Cruz de Vilabertrán. Cerrada la suscripción y aprobado el proyecto, se empezaron las obras. Y ahora, por fin,



Emocionante momento de la celebración de la Santa Misa, celebrada por el reverendo don Juan Bosch, presidente del Patronato de Restauración de Santa María de Vilabertrán.

La Cruz ya está en su sitio

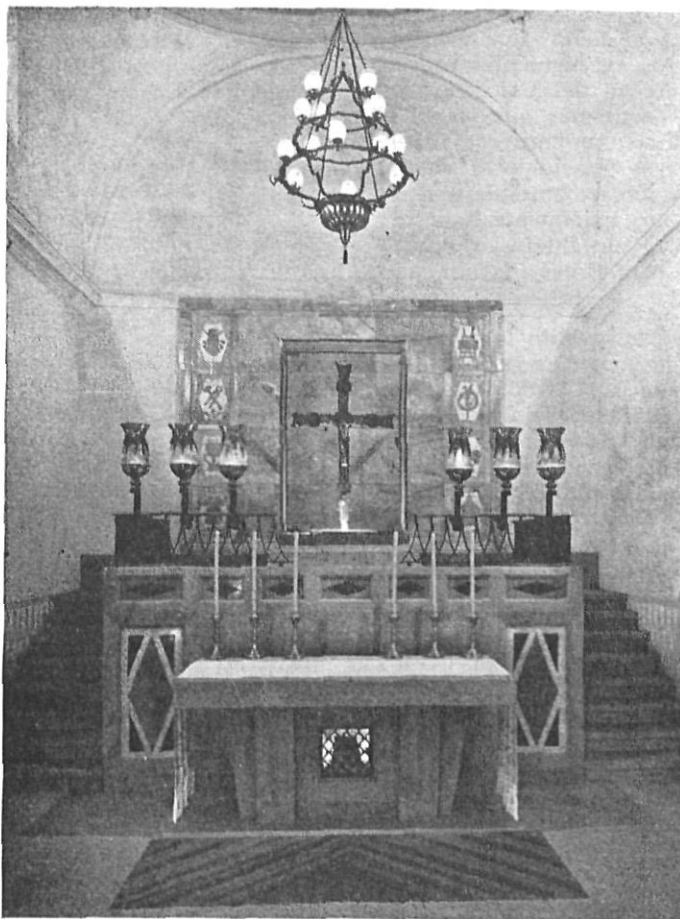
El anhelo que Manuel Brunet se llevará en su tránsito está ya cumplido. La Santa Cruz de Vilabertrán está ya en su sitio, en su Capilla. Una capilla lateral, luminosa, que tiene acceso por una artística puerta que constituye una bella realización de carpintería y forja artesana. Sobre la plataforma que corona el altar y teniendo como fondo un grandioso panel de alabastro de Beuda con esculturas ligeramente policromadas de los improperios de la Pasión dibujados por Ramón Reig, destaca la Cruz, triunfalmente iluminada. Al pie del altar sencillo y sobrio de piedra de Figueras, se halla un hueco destinado a contener reliquias de San Antonio María Claret, San Pío X, San Salvador de Horta y Santa Teresita del Niño Jesús. En un rincón de la capilla hay una lápida que reza así: «Recordau-vos, Senyor, del vostre servent Manuel Brunet qui ens precedí amb la senyal de la fe i dorm el somni de la pau». En otra piedra se evoca el recuerdo del Párroco-mártir.



Uno de los momentos más solemnes, y del que conservarán imborrable recuerdo los asistentes. La Cruz de Vilabertrán, bajo palio preside la procesión que terminará en la nueva capilla.

Hay que recordar la fecha: 12 de junio, domingo de la Santísima Trinidad de 1960. Tal es la de la inauguración de la Capilla de la Santa Cruz de Vilabertrán. Presidida por el Excmo. y Rdm. Obispo de Gerona, Dr. José Cartañá junto con el de Vich, Dr. Ramón Masnou y el Rdm. Padre Abad del Monasterio de Montserrat, Dom Aurelio María Escarré. Asistieron relevantes personalidades, es cierto, pero codo a codo, como quien dice, con el pueblo llano, con el pueblo fiel. Nuestro presidente de la Excma. Diputación Provincial ocupaba lugar deferente junto a los prohombres de Vilabertrán. El embajador de España, Excmo. Sr. don Miguel Mateu Pla, ocupaba su puesto como presidente de honor del Patronato de Santa María de Vilabertrán. En lugar distinguido figuraban también los familiares de Manuel Brunet. Y ellos, con todas las demás personas que llenaban el templo, formaban un solo ser, un solo pueblo fiel en la universalidad comuniónística de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.

El reverendo Párroco de Vilabertrán, don Juan Bosch, celebró el Santo Sacrificio de la Misa, siendo distribuida la Sagrada Comunión y dirigiendo la participación litúrgica de los fieles el Rdo. D. José M.^a Pujadas, Misionero Diocesano y miembro del Patronato, quien al finalizar la Misa pronunció un encendido sermón de gran contenido doctrinal sobre los actos que se estaban celebrando. Seguidamente tuvo lugar la procesión de traslado de la Cruz, que durante la Santa Misa había presidido el altar mayor, hasta la nueva Capilla. La procesión pasó por la nave lateral a los claustros y de allí a la plaza frente a la iglesia para ir, acto seguido, a la nueva Capilla donde ha quedado definitivamente instalada la Cruz y donde recibió el tributo de adoración de los Rdmos. Prelados, así como del clero y pueblo asistentes. Intervinieron en los actos religiosos las bien conjuntadas voces de la Capilla de Música de la Parroquia de San Pedro de Figueras, bajo la dirección del Reverendo D. José M.^a Albert.



El nuevo altar, en el que ha quedado magníficamente instalada la Cruz, obra del arquitecto, don Pelayo Martínez Partelo.

Amigos de Manuel Brunet se trasladaron al cementerio de la villa de Castelló de Ampurias para rendir piadoso recuerdo ante el panteón familiar donde reposan los restos de Manuel Brunet.

Colofón

Cerramos este reportaje bajo la impresión de que la comarca ampurdanesa ha sido bendecida una vez más. Pero esta vez con una bendición de carácter permanente. La Fe y la amistad se han entrecruzado y esta Santa Cruz de Vilabertrán constituye un testimonio de ello desde el pedestal en el que estos dos sentimientos la han alzado. Ahora, hay que desear que además de símbolo se convierta en estímulo para completar la restauración del Monasterio que la cobija.